

MIGUEL DELIBES, EN EL CORAZÓN DE LA INMORTALIDAD

Carlos Benítez Villodres
Málaga (España)

El egregio e inmortal escritor Miguel Delibes Setién nació (1920) y falleció (2010) en Valladolid. Se doctoró en Derecho, obteniendo la cátedra de Derecho mercantil. También fue catedrático de Historia del Comercio y miembro de la Real Academia Española (RAE), desde 1973 hasta su muerte. Ocupó la silla “e”, vacante por la muerte, el año anterior, del almirante Julio Guillén Tato. El 25 de mayo de 1975 pronunció su discurso de ingreso en la (RAE) versó sobre “El sentido del progreso desde mi obra” que, posteriormente, editó, como libro, con el título de “Un mundo que agoniza”. Dámaso Alonso, uno de los miembros destacados de la generación de 27, y por aquel entonces presidente de la RAE, fue quien hizo entrega a Miguel Delibes de la medalla de académico. Ese mismo año, en diciembre, fue también elegido miembro de la Hispanic Society of America. “Mi vida de escritor, refiere Miguel, no sería como es, si no se apoyase en un fondo moral inalterable. Ética y estética se han dado la mano en todos los aspectos de mi vida”.

Comenzó su carrera como dibujante de caricaturas y, posteriormente, fue columnista del diario “El Norte de Castilla”, que llegó a ser su director. Esto le llevo a tener duros enfrentamientos con la censura, que se volvieron cada vez más directos y frecuentes, debido a las desavenencias con Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo. Por ello, dejó el cargo, dedicándose totalmente a la novela. “El progreso no sirve..., escribió Delibes, si este ha de traducirse inexorablemente en un aumento de la incomunicación y la violencia, de la autocracia y la desconfianza, de la injusticia y la prostitución del medio natural, de la explotación del hombre por el hombre y de la exaltación del dinero como único valor”.

Es considerado como uno de los grandes escritores españoles del siglo XX y uno de los principales referentes de la literatura en lengua española, Miguel Delibes dedicó gran parte de su vida a una obra cimentada en la España de la posguerra para concienciar al mundo de las consecuencias del consumismo y la supresión de ciertos valores éticos universales. Sobre esto Miguel escribió: “Literatura... Ha sido una auténtica dedicación. He encontrado en ella el refugio que no encontraba tan perfecto en el cine o en el café o en el juego; la relación de dos se establecía perfectamente entre una persona y un libro. Mi afán al escribir

era intentar comunicar a dos personas, emplear la pluma como elemento de comunicación con otros. Escribir es comunicarse con otro”.

Miguel Delibes fue el tercero de los ocho hijos del matrimonio entre María Setién y Adolfo Delibes. Su padre, que fue catedrático de Derecho en la Escuela de Comercio de Valladolid, Adolfo nació y murió en el municipio de Molledo (Cantabria), donde Miguel pasó numerosos veranos y del que fue nombrado hijo adoptivo en 2009. El origen del apellido Delibes es occitano-francés, más, concretamente, provenía de Toulouse, ya que el abuelo paterno de Miguel, sobrino del compositor francés Léo Delibes se había desplazado a España para participar en la construcción del ferrocarril de Cantabria. Su abuelo materno, Miguel María de Setién, fue un destacado abogado y político carlista, oriundo del municipio de Limpias (Cantabria).

Miguel Delibes estudió en el Colegio de Lourdes, donde terminó el bachillerato, en el año que comenzó la Guerra Civil española. Tras el estallido de la guerra, Miguel se enroló como voluntario en la Marina del ejército sublevado. Como voluntario, prestó servicio en el crucero “Canarias”, que realizaba sus operaciones en la zona de Mallorca.

Al respecto, Miguel escribió: “Niñez y guerra... Yo era un niño melancólico, triste; no me gustaba nada ir al colegio. Y era muy callado. Nunca dije que no me gustara ir al colegio, me aguantaba e iba. Estudié regularmente, y a los 15 años me planteé que debía hacer una carrera... Pero Franco debió pensar que yo era muy joven para entrar en la Universidad y abrió la Guerra Civil... Las universidades se cerraron y yo no tenía edad para ir a la guerra. Duró más de lo que uno pensaba, y cuando me vi que cumplía los 17 me fui con otro montón de amigos a la Marina antes de que nos mandaran a Infantería o a la Legión. Murió uno de los nuestros, otro cayó enfermo, los demás volvimos a Valladolid y nos encontramos con una situación difícil, de total censura. En las guerras no gana nadie, pierden todos, eso aprendí. Si la guerra es civil, la pérdida es más fuerte que la de cualquier otra guerra. Eso me familiarizó con la muerte”.

En 1939, al concluir la contienda, regresó a su ciudad natal e ingresó en la Escuela de Comercio. Tras finalizar esta carrera, inició la de Derecho. Al mismo tiempo, se matriculó en la Escuela de Artes y Oficios de su ciudad natal.

Su sostenida labor como novelista se inicia dentro de una concepción tradicional con “La sombra del ciprés es alargada”, Con ella, obtuvo el Premio Nadal en 1948. Su producción revela una clara fidelidad a su entorno, a Valladolid y al campo castellano, y entraña la observación directa de tipos y situaciones desde la óptica de un católico liberal. La visión crítica, que aumenta progresivamente a medida que avanza su carrera, alude sobre todo a los excesos y violencias de la vida urbana.

Entre los motivos de su obra destaca la perspectiva irónica frente a la pequeña burguesía, la denuncia de las injusticias sociales, la rememoración de la infancia. En su obra “El príncipe destronado” y la representación de los hábitos y el habla propia del mundo rural, muchos de cuyos términos y expresiones recupera para la literatura. “El pueblo es el verdadero dueño de la lengua, escribió nuestro novelista. La lengua nace del pueblo; que vuelva a él, que se funda con él, porque el pueblo es el verdadero dueño de la lengua”.

Miguel Delibes fue extraordinario conocedor de la fauna y flora de su entorno geográfico. También fue un apasionado de la caza y del mundo rural. Ello le permitió plasmar en sus obras todo lo relativo a Castilla y a la caza. “No soy un escritor que caza, escribió el novelista vallisoletano, sino un cazador que escribe... Soy un ecologista que escribe y caza”.

El 23 de abril de 1946 contrajo matrimonio con Ángeles de Castro, quien, posteriormente, se convirtió en una de sus mayores inspiraciones literarias. De este matrimonio nacieron sus 7 hijos (Miguel, Germán, Elisa, Ángeles, Juan Camino y Adolfo), 18 nietos y 2 bisnietos, antes de su fallecimiento. Ángeles falleció a los 50 años el 22 de noviembre de 1974.

Hubo una época, en la vida del escritor, en la que cada año escribió un libro y tuvo un hijo. El propio novelista aseveró que sus 7 hijos fueron la mejor obra de su vida.

Miguel y Ángeles fueron de viaje de novios a Molledo, localidad ya mencionada. La muerte de su mujer, en 1974, lo marcó profundamente. El carácter de Delibes se vio poseído por un pesimismo vital, un peculiar sentido del humor y se encerró en sí mismo. También la generosidad, la austeridad y la solidaridad con los demás. A veces le costaba abrirse al mundo y relacionarse con los demás.

Un día un grupo de colegiales detuvo a Miguel, y le preguntaron: “¿Es usted Miguel Boyer? Fírmenos un autógrafo”. ¿Cuál fue la reacción del autor de “El camino” o “Cinco horas con Mario”? Firmar esos autógrafos, haciéndose pasar por el exministro, para vergüenza de la profesora que acompañaba a los alumnos.

En cierta ocasión, Delibes manifestó que ya tenía pocas ganas de reírse. Me río con la televisión, si no te ríes te mueres.

¿Lo peor de Delibes para sus hijos? Su fuerte carácter, es decir, fue un hombre serio, inaccesible y siempre quiso tener la razón,

A Delibes le encantó cantar cuando fue a pescar, una de sus grandes aficiones, como ya quedo reflejado en un parágrafo anterior.

Sobre la fachada de su casa natal, hay una placa con el día, el mes y el año del nacimiento de nuestro novelista, y una frase del propio Miguel: “Soy, como un árbol, que crece, donde lo plantan”.

En 1950, se inició una nueva etapa en la carrera literaria del escritor: tras sufrir un brote de tuberculosis. “Para escribir un buen libro no considero imprescindible conocer París ni haber leído el Quijote. Cervantes, cuando escribió el Quijote, aún no lo había leído”.

En la década de 1960, Miguel Delibes se refugió en el municipio burgalés de Sedano. Estos años representan el apogeo de Delibes como escritor. El periodo viene marcado por el viaje que realiza el escritor a Alemania, donde visitó varias universidades. En los años siguientes, pasó seis meses de 1964 en los Estados Unidos como profesor visitante del Departamento de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad de Maryland. Tras su regreso, visitó varias universidades, como conferenciante, de Checoslovaquia. “El hombre moderno, aseveró Miguel, vive ajeno a esas sensaciones inscritas en lo profundo de nuestra biología y que sustentan el placer de salir al campo”.

En 1980, el VII Congreso Internacional de Libreros, celebrado en Valladolid, rindió homenaje al escritor. Al año siguiente recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, ex aequo con Gonzalo Torrente Ballester. Ese mismo año participó en el Congreso “Una literatura para el hombre”, celebrado en Reggio Emilia (Italia).

En 1983 fue investido doctor honoris causa por la Universidad de su ciudad natal. Al año siguiente, la Junta de Castilla y León le concede el Premio de las Letras, y los libreros españoles le nombraron autor del año, recibiendo el Libro de Oro como reconocimiento.

En 1985 fue nombrado Caballero de las Artes y de las Letras de la República Francesa. En los años siguientes fue nombrado hijo predilecto de Valladolid e investido doctor honoris causa por la Universidad Complutense de Madrid. Cinco años después fue investido Doctor honoris causa por la Universidad de Sarre (Alemania) En la primavera de 1991, fue galardonado con el Premio Nacional de las Letras Españolas, que le concedió el Ministerio de Cultura.

Asimismo, la Universidad de Málaga le rindió homenaje en el V Congreso de Literatura Española Contemporánea, titulado “Miguel Delibes: el escritor, la obra y el lector”. En el año siguiente, se desarrolló el “Encuentro con Miguel Delibes” en Madrid, organizado con motivo de la entrega del Premio Nacional de las Letras Españolas. Se celebraron un total de siete conferencias y cuatro mesas redondas, estudiando la obra de Miguel Delibes. “Tendemos a reducir el lenguaje, a simplificarlo, escribió Miguel. Nos cuesta armar una frase. De este modo, los que hablan mucho,

tropiezan mucho, y los que miden sus palabras se van apartando del problema”.

Tras la publicación de su novela “El hereje” y, como homenaje a dicha obra, se instaló en su ciudad natal una placa. Con esta novela, obtuvo el Premio Nacional de Narrativa (1998). Con la entrada del milenio, se creó la Cátedra Miguel Delibes, con sede en las universidades de Nueva York y Valladolid, cuyo objetivo es el estudio de la literatura española contemporánea, darla a conocer en los Estados Unidos y difundirla mediante las nuevas tecnologías. Después de publicar “El hereje” su carrera literaria prácticamente se detuvo principalmente por el cáncer de colon que padecía el escritor. Se encontraba impedido en gran medida, y experimentaba una apatía cada vez más grande.

En 2007, recibió el Premio Quijote de las Letras Españolas, aunque en sus últimos años su producción literaria había sido prácticamente nula, como ya manifesté en el párrafo anterior. Tras ser galardonado con el premio Vocento a los Valores Humanos, los Reyes de España Juan Carlos I y Sofía de Grecia visitaron al escritor incapacitado en su domicilio vallisoletano. Fue reconocido en su ciudad con la creación de La Ruta del Hereje, basada en su novela y con la construcción del Centro Cultural Miguel Delibes, que se utiliza de conservatorio, de auditorio y de centro de convenciones. “Escribir, con precisión, dijo Miguel en cierta ocasión, no consiste únicamente en hallar en cada caso el adjetivo adecuado, sino también el sustantivo, el verbo o el adverbio, es decir, la palabra. Y es en el manejo de esas palabras, en hallarlas a tiempo y adobarlas debidamente, donde reside el secreto de un buen escritor”.

La comunidad autónoma de Castilla y León le entregó (2009) la Medalla de Oro, como reconocimiento por su defensa del castellano, calificando al autor de “maestro de narradores”. Asimismo, la Junta de Castilla y León y numerosas entidades culturales e intelectuales españolas e internacionales propusieron en varias ocasiones a Miguel Delibes como candidato al Premio Nobel de Literatura. En la terna iban los nombres, además de Miguel Delibes, Ernesto Cardenal y Ernesto Sábato.

Durante los primeros días de marzo de 2010, su salud empeoró: el 11 de ese mes el escritor se encontraba ya en estado crítico, consciente pero muy sedado, y su familia comunicó el fallecimiento en cuestión de horas. La muerte de Miguel Delibes ocurrió finalmente en su domicilio vallisoletano a primera hora de la mañana del día 12, a los 89 años de edad, como consecuencia del cáncer de colon que le diagnosticaron en 1998 y del que no pudo recuperarse. Su capilla ardiente se instaló esa misma mañana, en el salón de recepciones, del Ayuntamiento de Valladolid. Su funeral se ofició, al día siguiente, en la catedral de la capital castellanoleonesa. Asistieron más de 18 000 personas. Posteriormente, fue

incinerado y enterrado en el panteón de Hombres Ilustres de Valladolid junto a personajes, como José Zorrilla y Rosa Chacel. El Ayuntamiento de Valladolid otorgó el privilegio de trasladar y sepultar, en dicho panteón, los restos incinerados de Ángeles, esposa del escritor, junto a los del propio Delibes, para cumplir el deseo que este siempre expresó.

Tras la inhumación de las cenizas, el Ayuntamiento vallisoletano, personificado en su alcalde, anunció la creación de la Biblioteca Municipal Miguel Delibes, en las instalaciones de lo que fue el Depósito de Locomotoras de Valladolid, dándole también su nombre a una calle de la ciudad, que lo vio nacer y morir, y al más importante Centro Cultural de la capital castellanoleonesa.

A los cinco años de su muerte, Alcobendas (Madrid) le rindió tributo con la apertura de una dotación municipal polivalente, denominada Espacio Miguel Delibes, en la que se ubican la Universidad Popular, la Escuela Internacional de Fotografía PhotoEspaña. A, una mediateca o acervo de medios, es decir, un servicio de atención ciudadana, y la Concejalía de distrito Norte de esta ciudad. Además, hay un rincón dedicado al autor en el que, junto a sus obras, se muestran fotografías y la urna que se depositó en el acto de puesta de la primera piedra del Espacio Miguel Delibes.

La postura de Delibes no era en contra del progreso en general, sino contra el modelo elegido, es decir, contra el progreso devastador que sacrifica todo lo humano en aras del consumo. En cierta ocasión dijo: “Hemos matado la cultura campesina, pero no la hemos sustituido por nada, al menos, por nada noble”.

Miguel Delibes escribió, por orden cronológico, estas novelas:

“La sombra del ciprés es alargada (1948). “Aún es de día” (1949). “El camino” (1950). “Mi idolatrado hijo Sisí” (1953). “Diario de un cazador” (1955). “Diario de un emigrante” (1958). “La hoja roja” (1959). “Las ratas” (1962). “Cinco horas con Mario” (1966). “Parábola del naufrago” (1969). “El príncipe destronado” (1973). “Las guerras de nuestros antepasados” (1975). “El disputado voto del señor Cayo” (1978). “Los santos inocentes” (1981). “Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso” (1983). “El tesoro” (1985). “Madera de héroe” (1987). “Señora de rojo sobre fondo gris” (1991). “Diario de un jubilado” (1995). “El hereje” (1998).

Escribió los siguientes relatos:

“El loco” (1953). La partida (1954). “Siestas con viento sur” (1957). “Viejas historias de Castilla la Vieja” (1964). “La mortaja” (1970). “Tres pájaros de cuenta” (1982). “Tres pájaros de cuenta y tres cuentos olvidados” (2003). “Viejas historias y cuentos completos”. Miguel recopiló en esta obra 46

relatos. (2006). “La bruja Leopoldina y otras historias reales”. Publicado, a los 8 años de su fallecimiento. (2018).

Los libros de viajes que escribió Miguel Delibes son: “Un novelista descubre América” (1956). “Por esos mundos: Sudamérica con escala en las Canarias” (1961). “Europa: parada y fonda” (1963). “USA y yo” (1966). “La primavera de Praga” (1968). “Dos viajes en automóvil: Suecia y Países Bajos” (1982).

En cuanto a libros de caza, Miguel escribió: “La caza de la perdiz roja” (1963). “El libro de la caza menor” (1966). “Con la escopeta al hombro” (1970). “La caza de España” (1972). “Alegrías de la caza” (1977). “Mis amigas las truchas” (1977). “Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo” (1979). “Las perdices del domingo” (1981). “Dos días de caza” (1988). “El último coto” (1992).

También Miguel Delibes escribió 19 ensayos y artículos. El día del 87 cumpleaños de Miguel Delibes, las editoriales Destino y Círculo de Lectores anunciaron la publicación en siete tomos de las obras completas del escritor. Quedaron reunidas en el siguiente orden: “El novelista I” (2007). “Recuerdos y viajes” (2007). “El novelista II” (2008). “El novelista III” (2008). “El novelista IV” (2009). “El cazador” (2009). “El periodista. El ensayista” (2010).

Las obras de Delibes fueron repetidamente adaptadas a la televisión y al cine. A la televisión: “El camino”, emitida por TVE (1978).

Al cine:

“El camino” (1963). Retrato de familia, adaptación de “Mi idolatrado hijo Sisí” (1976). “La guerra de papá”. (1977). Acomodación de la novela “El príncipe destronado. “Los santos inocentes” (1984). “El disputado voto del señor Cayo” (1986). “El tesoro” (1990). “La sombra del ciprés es alargada” (1990). “Las ratas” (1997). “Una pareja perfecta” (1997), adaptación su obra “Diario de un jubilado”. “La novela es un intento de exploración en el corazón humano, escribió Miguel, a partir de una idea que es casi siempre es la misma contada con diferente entorno”.

En cuanto a premios y reconocimientos, le otorgaron 24.

“Yo nací en Ávila, la vieja ciudad de las murallas, y creo que el silencio y el recogimiento casi místico de esta ciudad se me metieron en el alma nada más nacer. No dudo de que, aparte otras varias circunstancias, fue el clima pausado y retraído de esta ciudad el que determinó, en gran parte, la formación de mi carácter. De mi primera niñez bien poco recuerdo. Casi puede decirse que comencé a vivir, a los diez años, en casa de don Mateo Lesmes, mi profesor. Me acuerdo perfectamente, como si lo estuviera viendo, del día que mi tutor me presentó él... Se iniciaba ya el otoño. Los árboles de la ciudad comenzaban a acusar la ofensiva de la

estación. Por las calles había hojas amarillas que el viento, a ratos, levantaba del suelo haciéndolas girar en confusos remolinos. Hicimos el camino en la última carretela descubierta que quedaba en la ciudad. Tengo impresos en m cerebro los menores detalles de aquella mi primera experiencia viajera. Los cascos caballos martilleaban las piedras de la calzada rítmicamente, en tanto las ruedas, rígidas y sin ballestas, hacían saltar y crujir el coche con gran desesperación de mi tío y extraordinario regocijo por mi parte”. (Del libro “La sombra del ciprés es alargada”. Libro I, pág, 7)

“La sombra del ciprés es alargada” Ganadora del Premio Nadal en 1947, representa la vitalidad enturbiada por unos tiempos convulsos como fueron los años de la posguerra en España. Una lección que aprendemos a través de su protagonista, el joven huérfano Pedro quien es educado por el siniestro Don Mateo, en la ciudad de Ávila, creciendo bajo la creencia de que, para sobrevivir en la vida, es necesario alejarse de los demás y no demostrar el mínimo afecto o sentimentalismo por otras personas.

“Poco después de amanecer, el Nini se asomó a la boca de la cueva y contempló la nube de cuervos reunidos en concejo. Los tres chopos desmochados de la ribera, cubiertos de pajarracos, parecían tres paraguas cerrados con las puntas hacia el cielo. Las tierras bajas de don Antero, el Poderoso, negreaban en la distancia como una extensa tizonera. La perra se enredó en las piernas del niño y él le acarició el lomo a contrapelo, con el sucio pie desnudo, sin mirarla; luego bostezó, estiró los brazos y levantó los ojos al lejano cielo arrasado: —El tiempo se pone de helada, Fa. El domingo iremos a cazar ratas —dijo. La perra agitó nerviosamente el rabo cercenado y fijó en el niño sus vivaces pupilas amarillentas. Los párpados de la perra estaban hinchados y sin pelo; los perros de su condición rara vez llegaban a adultos conservando los ojos; solían dejarlos entre la maleza del arroyo, acribillados por los abrojos, los zaragüelles y la corregüela. El tío Ratero rebulló dentro, en las pajas, y la perra, al oírle, ladró dos veces y, entonces, el bando de cuervos se alzó perezosamente del suelo en un vuelo reposado y profundo, acompasado por una algarabía de graznidos siniestros. Únicamente un grajo permaneció inmóvil sobre los pardos terrones y el niño, al divisarlo, corrió hacia él, zigzagueando por los surcos pesados de humedad, esquivando el acoso de la perra que ladraba a su lado. Al levantar la ballesta para liberar el cadáver del pájaro, el Nini observó la espiga de avena intacta y, entonces, la desbarató entre sus pequeños, nerviosos dedos, y los granos se desparramaron sobre la tierra”. (Del libro “Las ratas”, pág. 6).

“Las ratas” Publicado en 1962 y ganador del Premio de la Crítica un año después, es una clara denuncia al latifundio, o la tendencia por parte

de señores acaudalados de explotar grandes extensiones de tierra utilizando a lugareños que trabajen a su servicio. Una situación abarcada en el libro por el niño conocido como El Nini, joven al que todo el mundo acude para pedir consejo dadas sus capacidades para leer la naturaleza y el mundo en un pueblo azotado por la miseria a la que conducen las grandes brechas sociales.

“Casa y hacienda, herencia son de los padres, pero una mujer prudente es don de Yavé y en lo que a ti concierne, cariño, supongo que estarás satisfecho, que motivos no te faltan, que aquí, para ínter nos, la vida no te ha tratado tan mal, tú dirás, una mujer sólo para ti, de no mal ver, que con cuatro pesetas ha hecho milagros, no se encuentra a la vuelta de la esquina, desengáñate. Y ahora que empiezan las complicaciones, zas, adiós muy buenas, como la primera noche, ¿recuerdas?, te vas y me dejas sola tirando del carro. Y no es que me queje, entiéndelo bien, que peor están otras, mira Transi, imagínate con tres criaturas, pero me da rabia, la verdad, que te vayas sin reparar en mis desvelos, sin una palabra de agradecimiento, como si todo esto fuese normal y corriente. Los hombres una vez que os echan las bendiciones a descansar, un seguro de fidelidad, como yo digo, claro que eso para vosotros no rige, os largáis de parranda cuando os apetece y sanseacabó, que las mujeres, de sobras lo sabes, somos unas románticas y unas tontas. Y no es que yo vaya a decir ahora que tú hayas sido una cabeza loca, carioño, sólo faltaría, que no quiero ser injusta, pero tampoco pondría una mano en el fuego, ya ves. ¿Desconfianza? Llámalo como quieras, pero lo cierto es que los que presumís de justos sois de cuidado, que el año de la playa bien se te iban las vistillas, querido, que yo recuerdo la pobre mamá que en paz descansa, con aquel ojo clínico que se gastaba, que yo no he visto cosa igual, el mejor hombre debería estar atado, a ver”. (Del libro “Cinco horas con Mario”. Capítulo I, pág. 14).

“Cinco horas con Mario” Obra maestra indiscutible de Delibes, publicada en 1966, narra las cinco horas que una mujer pasa velando el cadáver de su marido en una habitación en cuya mesilla luce un ejemplar de la Biblia con varios párrafos subrayados. El perfecto marco para la reflexión de una esposa que rememora su vida, sus errores e impresiones dando como resultado una radiografía única de la vida, sociedad e injusticias del siglo XX en España. La obra fue adaptada al teatro en varias ocasiones y sirvió como inspiración para Paco León en la película *Carmina y amén*.

“Y en éstas, se presenta en el cortijo el Azarías, y la Régula le dio los días y le tendió el saco de paja junto a la cocina como era habitual, pero el

Azarías ni la miraba, se implaba y rutaba y hacía como si masticara algo sin nada en la boca y su hermana, ¿te pasa algo, Azarías, no estarás enfermo? y el Azarías, la vacua mirada en el fuego, gruñía y juntaba las encías desdentadas, y la Régula, ae, no te se habrá muerto la otra milana que tú dices ,¿verdad, Azarías? Y tras mucho porfiar, el Azarías, el señorito me ha despedido, y la Régula, ¿el señorito? Y el Azarías, dice que ya estoy viejo, y la Régula, ae eso no puede decírtelo tu señorito, si te pusiste viejo, a su lado ha sido, y el Azarías, yo tengo un año más que el señorito, y rutaba y mascaba la nada. sentado en el taburete, acodado en los muslos, la cabeza entre las manos, la mirada huera, fija en el hogar, pero, inopinadamente, se oyó el alarido de la Niña Chica y los ojos del Azarías se iluminaron, y sus labios se distendieron en una sonrisa babeante, y le dijo a su hermana, arrímame a la Niña Chica anda, y la Régula, ae, estará sucia y el Azarías, alcánzame a la Niña Chica, y, ante su insistencia, la Régula se incorporó y regresó con la Charito cuyo cuerpo no abultaba lo que una liebre y cuyas piernecitas se doblaban como las de una muñeca de trapo, como si estuvieran deshuesadas, pero el Azarías la tomó con dedos trémulos, la acomodó en el regazo, sujetó delicadamente su cabecita desarticulada contra su brazo fornido, bajo el sobaco, y comenzó a rascarle suavemente en el entrecejo mientras musitaba, milana bonita, milana bonita...”. (Del libro “Los Santos Inocentes”. Libro tercero, pág. 14).

“Los santos inocentes” Publicada en 1981, fue considerada como una las “100 mejores novelas en español” por El Mundo teniendo en cuenta su gran potencial como obra denuncia de las desigualdades sociales de esa España jerarquizada del siglo XX. Ambientada en un cortijo de Extremadura, la novela narra los problemas a los que debe enfrentarse la familia formada por Régula, Paco y sus cuatro hijos, todos ellos trabajadores de los señores de una propiedad que dibuja la opresión y desprecio de una época.

“El Hamburg, una galeaza a remo y vela, de tres palos, línea enjuta y setenta y cinco varas de eslora, dedicada al cabotaje, rebasó lentamente la bocana y salió a mar abierta. Amanecía. Se iniciaba el mes de octubre de 1557 y la calima sobre la superficie del mar y la estabilidad de la nave presagiaban bonanza, una jornada calma, tal vez calurosa, de sol vivo y suave viento del norte. Era el Hamburg pequeño barco de carga, dotado con cincuenta y dos marineros, al que su capitán, Heinrich Berger, con un agudo sentido de la economía personal, superponía en el buen tiempo dos pequeñas tiendas de campaña sobre las cuadernas de toldilla para alojar a cuatro posibles pasajeros de confianza, mediante un módico estipendio. En la primera de estas tiendas, viniendo de proa, viajaba ahora un hombre menudo, aseado, de barba corta, al uso de Valladolid, de donde procedía, tocado de sombrero, con calzas, jubón y ropilla de Segovia, que, acodado en

el pasamanos de babor, oteaba con un antejo el puerto que acababan de abandonar. Una bandada de gaviotas que sobrevolaba la estela del Hamburg se reunía, graznando destempladamente, preparando el regreso a puerto. Por la amura, sobre la silueta de tierra, la bruma comenzaba a rasgarse y permitía divisar, entre los flecos, fragmentos del cielo azul que la calma chicha de la madrugada auguraba. El hombre menudo y aseado hurgó con su mano pequeña y nerviosa en el bolso de la ropilla, extrajo el papel plegado que le había entregado un marinero al embarcar y leyó de nuevo el breve mensaje que contenía: “Bienvenido a bordo. Le espero a almorzar en mi camareta a la una del mediodía. El capitán Berger”. El Doctor le había hablado con afecto del capitán en Valladolid”. (Del libro “El hereje”. Preludio, págs, 15 y 16).

“El hereje”, La última gran obra de Delibes fue publicada en 1998 y es un claro homenaje a su natal Valladolid en los tiempos de Carlos V, en el siglo XVI. Una época en la que la libertad de pensamiento se vio marcada por la Reforma de Lutero vista a través de los ojos del comerciante Cipriano Salcedo. Una novela que, a pesar de alejarse en el tiempo, persigue la misma intención que otras de sus muchas obras: la soledad, amor y reflexión de quien se atreve a ser libre en un mundo impuesto. “En la literatura, escribió, en cierta ocasión, Miguel, nada hay más difícil que la sencillez”.

En cuanto a la poesía, puedo manifestar que Miguel fue un escritor seducido por la poesía, pero incapaz de acotarla en verso. Alguna vez se sintió el novelista vallisoletano, frustrado por la imposibilidad de acometer ese género, también como lector, según reconoció en alguna de las cartas que dirigió al crítico Gonzalo Sobejano, y que hace tiempo vieron la luz.

“Tu editor me envía un atractivo libro tuyo sobre poesía. Quiero leerlo despacio y con la devoción que me inspiras para tratar de llegar a la esencia poética, género por el que siento admiración pero que no domino. Empiezo por no saber leer poesía y esto es lamentable”, escribe Delibes a Sobejano el 15 de noviembre de 2003.

Fue una de las pocas piezas que se le escapó a este cazador avezado, narrador, ensayista, autor de libros de viaje, de cuentos y relatos breves, así como de numerosos textos traducidos al lenguaje escénico y cinematográfico con sus correspondientes adaptaciones.

Sobejano, de 86 años, poeta, crítico literario y profesor de literatura española en varias universidades de Estados Unidos, trabó amistad con Delibes a raíz de un encuentro en Alemania, germen de un vínculo personal y profesional del que ahora dan cuenta las 188 misivas inéditas recopiladas y anotadas en el libro “Miguel Delibes/Gonzalo Sobejano”. Correspondencia, 1960-2009.

En su respuesta, un mes más tarde desde Nueva York, el crítico tranquiliza al novelista al hacerle ver que la lírica también anida entre los párrafos de un relato, se enreda en las descripciones de los paisajes y late en el tratamiento compasivo de los personajes.

“Tu prosa es poética desde el principio y alcanza la cumbre en “Los santos inocentes” todo un poema”, elogió entonces el profesor, a lo que el narrador contestó dos semanas más tarde desde Valladolid: “Tienes razón. Es el verso lo que me puede. Pero, como dices, no es necesario a la poesía”. (Del libro “Miguel Delibes/Gonzalo Sobejano”. Correspondencia, 1960-2009).

La vida cotidiana, el proceso creativo, las corrientes literarias y la situación política y social de cada época no escapan a las sagaces observaciones y análisis de ambos correspondientes.

Mantuvieron una correspondencia de largo recorrido, casi de cincuenta años, porque lo que empezó como una relación meramente profesional acabó por convertirse en algo personal y afectivo.

Se profesaron una “gran admiración mutua”, acrecentada por el paso de los años y reflejada en esas misivas a través de confidencias familiares, estados anímicos y problemas de salud, entre otras cuestiones.